

# Una visión personal del maestro

*Emilio Lledó en el encerado.*

JUAN CRUZ

Cuando conocí a Emilio Lledó él tenía la mitad de los años que yo tengo ahora y era mi maestro de Filosofía. No era mi *profesor* de Filosofía, era un *maestro* que, como los que tuve en la escuela secundaria, se subía a la tarima, sin papeles, y escribía en el encerado algunas palabras que nosotros no habíamos comprendido y que él aclaraba con su letra oblonga y decidida. Escribía, por ejemplo, la palabra *Fichte*, y se quedaba mirándola como si en esas letras estuviera albergado un misterio y no solo una actitud o un sistema filosófico. A veces escribía en griego, que es como su lengua, y nos deletreaba lo que quería decir como si él fuera la voz principal de un coro: “enzousiasmós”. Y se quedaba mirando esa palabra compuesta, como si nos estuviera haciendo un regalo de mediados de curso.

## ‘ENZOUSIASMÓS’

Su pasión por el lenguaje, y por las palabras, era ahí materia de maestro; ignoro si en ese momento él lo pensaba (desde luego, es probable que no lo pensara ninguno de nosotros), pero ahora puedo percibir, por los datos que él mismo ha dado a lo largo de su vida plena de libros que lo tratan, que el lenguaje era su obsesión, su manera de adentrarse en

los misterios de la vida; y para ello, para que se produjera esa incursión fructífera en el lenguaje él destripaba las palabras, las diseccionaba y las ponía sobre la mesa (sobre el encerado) como si nos estuviera abriendo la puerta de un túnel por el que se colaron, gozosamente, casi todas las palabras que nos ayudaron a pensar. Ahora también descompone las palabras, las reinterpreta, lucha a favor y contra de ellas, para dotarlas de significados nuevos, ajenos al tópico, como si estuviera haciendo, a la vez que etimología, ética de las palabras.

Esa palabra en concreto, *enzousiasmós*, dicha con su retórica persuasiva, como si nos estuviera aclarando la cabeza de grumos antes de que otras palabras menos graves se colaran, fue durante años la divisa que nos hizo recordarlo: él decía que para actuar en la vida, para ser mejores, tendríamos que sentir el entusiasmo de aprender; y ese entusiasmo provenía de una palabra que incluía el misterio de Dios, y por tanto la naturaleza diluida del saber más absoluto: el entusiasmo era estar en Dios. Él no hablaba, claro, de un Dios concreto, del Dios de las iglesias o del catecismo, sino del Dios del Saber, pues él nos enseñaba a saber, y por tanto a aprender, que eran las palabras principio y fin de su magisterio. Él era el entusiasmo en ese momento; nuestro aprendizaje del entusiasmo está ligado para siempre a las palabras Emilio y Lledó.

\*\*\*

Don Emilio era un maestro. En aquel entonces el profesor Lledó tenía 37 años, acababa de venir de Valladolid, donde había sido profesor de Instituto, y en La Laguna iba a profesar la cátedra de Historia de la Filosofía y de los Sistemas Filosóficos. Venía con su familia (Montse, su mujer, dos hijos: en Tenerife nacería el tercero) y con la ilusión de enseñar a la primera cátedra de su vida; su carrera luego siguió en Barcelona y en Madrid, en cuya sede de la UNED profesó hasta su jubilación. En medio hubo algunos rasguños debidos a la mezquindad de la vida académica, pues le hurtaron la posibilidad de ejercer la cátedra de la Complutense, a la que legítimamente aspiraba; pero le hicieron académico de la Lengua, lo cual era un justo premio a su pasión bien

ejercida por las palabras y, sobre todo últimamente, lo colmaron de premios (el de las Letras, el Henríquez Ureña de la Academia Mexicana, el Antonio de Sancha de los editores españoles...) y de otras honras civiles que le han llegado a abrumar a sus 87 años, cincuenta más que los que tenía cuando se ponía ante el encerado a escribir en griego o en alemán o en cualquier lengua en la que hubiera un filósofo o un símbolo adecuado a las clases que nos daba.

## LA LIBERTAD

La clave de sus clases, en La Laguna, que fue donde las escuché, era la libertad; nosotros no sabíamos entonces que la libertad residía en el lenguaje o en el pensamiento; en esos años pedestres de la vida, cuando la adolescencia era aún una sombra que nos unía a la ignorancia, creíamos que la libertad era una herramienta, como un vaso o una carretera. Lledó nos llevó al convencimiento de que la libertad procedía de pensar, de escuchar al otro deduciendo. Entre esas claves de su maestría estaba la lectura, el comentario de lo que leyéramos. Nos puso a leer como si nos indicara un camino, y nos decía por qué veredas había que tomar, por qué atajos: éramos nosotros los que deberíamos elegir la dirección. La libertad era una andadura, y se demostraba andando. Años después supimos todos de dónde venía la insistencia del maestro: en sus primeros años, en Vicálvaro, donde vivió la Guerra Civil con sus padres, tuvo un maestro, don Francisco, cuya mayor exigencia era la lectura, y a continuación el comentario de los textos. El camino y las veredas, todo en un mismo paquete: el libro y el muchacho que lee, desde la libérrima situación de su alma, lo que el otro ha inventado. Si sabíamos leer sabríamos pensar, y si el pensamiento nos acompañaba con suerte seríamos, que diría Kipling, hombres o mujeres, venceríamos a los impostores del fracaso y del éxito.

A nosotros nos impuso una tarea similar, pero no nos obligaba a leer libros en concreto. Éramos nosotros los que teníamos que aportar nuestras propias lecturas, no necesariamente relacionadas con la asignatura, que era tan solo un instrumento de su magisterio. Por ahí nació la primera biblioteca que nos fuimos haciendo, desde Kierkegaard o

Unamuno y desde Miguel Hernández a Pablo Neruda, pasando por Federico García Lorca, Karl Jaspers o Fernando Arrabal.

Para el examen de fin de curso le propuse un pequeño ensayo sobre el movimiento Pánico, que había inventado Arrabal; él lo aceptó y luego lo ponderó. Probablemente lo que el maestro quiso decir fue que el esfuerzo era más interesante que el trabajo; lo cierto es que él actuaba de estímulo de cada uno de nosotros, y nos hizo creer que era importante lo que hacíamos como si nos estuviéramos abriendo la vida a la experiencia de aprender equivocándonos. Esa era, me parece, la traducción que nos hizo hacer de la palabra entusiasmo, que es como el anagrama de Lledó en nuestra memoria.

Esa manera de enseñar, en la que él prolongaba el ejemplo de don Francisco, lo convirtió en una especie de *flautista de Hamelín* de las universidades en las que estuvo, singularmente en la de La Laguna. Lledó se marchó pronto a la de Barcelona, y allá se fueron con él media docena de sus mejores alumnos, que luego lo siguieron, ya como amigo y maestro, en todas las vicisitudes de su vida, alguna extremadamente dolorosa, como el fallecimiento en 1971 de Montse, su mujer. La unión con Montse fue un acontecimiento crucial en la vida de Lledó, en su equilibrio, en su manera de abordar la vida; la soledad, luego, fue calmada por la presencia de los hijos, su cuidado, y luego la progresiva presencia de los nietos; ahora es frecuente verlo jugar con los hijos de los hijos; yo lo vi jugar con su primer hijo, Alberto, mientras nacía el tercero (Fernando) en Tenerife (antes había nacido en Madrid Elena, la del medio): se lo había llevado al *campus* de La Laguna para entreterlo mientras Montse se preparaba para dar a luz en Santa Cruz. Por esas razones que solo la memoria estimula, ya jamás he dejado de pensar a la vez en Lledó y en ese preciso instante del maestro jugando con su hijo mientras Montse esperaba al tercero. Como decía Arrabal, precisamente, la vida actúa en golpes de teatro, y eso es lo que ocurre con esa escena: la convoca la simple evocación del nombre de Lledó, del mismo modo que la palabra entusiasmo o la palabra *Fichte* lo colocan a él, en el pasado tan remoto, ante el encerado del aula mayor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de La Laguna.

Leer ha sido su obsesión; cuando era un niño de nueve años, en Vicálvaro, ya era un lector habitual, para martirio de su madre que le recomendaba cuidar “esos ojitos”... Su padre era soldado de la República, destinado en artillería ligera. Un brigadista (inglés o norteamericano) le regaló entonces al niño el diccionario de Roque Barcia, para que siguiera leyendo. Los cinco tomos de ese diccionario están en su amplia biblioteca, en la casa de Madrid. Allí está el universo de don Emilio, y ese diccionario en concreto es como el vínculo que lo une a aquella época en que la guerra era el ruido de fondo, y tan cercano, de una familia que sufrió ese enfrentamiento incivil que marcó la memoria del niño que fue mi maestro.

Lledó cuenta aquellos años con la emoción del que lo vive aún. Salió de aquella experiencia como la mayoría de los españoles, al rojo vivo, que diría su amigo Domingo Pérez Minik, uno de sus apoyos literarios y civiles en Tenerife. Hay una foto que me mostró la última vez que lo entrevisté. Se le ve en la milicia universitaria, antes de irse a Alemania, a estudiar. Está flaco, parece un esqueleto, dice él mismo; pesa cincuenta kilos y –le dije– está serio... “No, no estoy serio: es que estaba triste”. Ese episodio de su vida, que acabaría con su decisivo viaje de estudios a Alemania, ya casado con Montse, le sirve para mirar atrás, a la raíz del odio. Ese lado oscuro de la vida le produjo esta reflexión:

“Una perversa alucinación colectiva ha injertado en la oscura noria del poder la no menos oscura y cruel teoría de la fatalidad de la violencia, de la hegemonía de la enemistad y del odio”.

Como quien huye de la pena, halló en el estudio el paraíso, ese viaje a Alemania le produjo la sensación de un mundo abierto al conocimiento y a la sabiduría, y ya no cesaría de aprender. “El paraíso era lo opuesto”, me dijo, “a la tristeza de Madrid”.

La guerra fue la continuación, por otros medios, del alma oscura de España, aquella Inquisición que hizo del fuego un arma ideológica y que se prolongó luego, en almas igualmente negras, en la incivilizada expresión de odio que constituyeron el levantamiento militar de Franco y la posguerra igualmente nefasta.

Esa experiencia lo hizo un heterodoxo, su país “es el de las personas acusadas”, aquellos que, de una u otra forma, en la Inquisición o en la guerra, sufrieron el auto de fe del fundamentalismo religioso o militar. Asimismo, aprendió de esa niebla que ahora parece el pasado los principios éticos que forman parte de su obra y de su manera vital de conducirse. Así que advierte, para que no se reproduzca la negrura:

“Los expertos en teoría política, intelectuales trastornados y fanatizados, emperadores de la miseria y la crueldad, con su corte de lacayos infrahumanos, intentan hacernos creer que, efectivamente, en un mundo de alimañas no hay otro remedio que alimañarse también”.

## LA DUDA

Sus libros son la explicación del pensamiento que constituye su vida, su manera de expresar la vida; como cuando se subía a la tarima y escribía en el encerado palabras claves para que entendiéramos las veredas que nos venían por delante, Lledó ha escrito sobre el silencio y sobre la escritura, sobre la ética y sobre la libertad, sobre los libros y sobre la duda, sobre Platón y sobre Aristóteles; la suya es una suma de saber que tienen dentro un núcleo, la palabra libertad, mezclada con la palabra entusiasmo y con la palabra duda. Nos dijo a los chicos que lo escuchábamos como quien asiste a una clase del oráculo de Delfos: “Dentro de todo sí hay un pequeño no, y dentro de cada no hay un pequeño sí”. La libertad propia, decía, invocando a Kant, proviene del entendimiento de la libertad del otro. Era, en clase, una flor de otro mundo, un maestro que nos convencía sin arrollarnos, y era el suyo un susurro de libertad que, pasando por el encerado, llegaba a nosotros como un estímulo inolvidable para que siguiéramos caminando hacia el porvenir.



JUAN CRUZ ES PERIODISTA Y ESCRITOR.